

20 años de la caída del Muro de Berlín*

Ralf J. Leiteritz**

* Este discurso fue pronunciado en el evento "Cae el muro, ¡tumba el muro!" con motivo de la celebración de los veinte años de la caída del Muro de Berlín. 9 de noviembre de 2009. Universidad de los Andes.

** Maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad de Johns Hopkins, Washington, D.C. Doctorado (Ph.D) del London School of Economics and Political Science en el área de Estudios de Desarrollo; Consultor del Banco Mundial en Washington D.C en los departamentos de Estrategia y Desarrollo Social (1999-2002). Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: *The International Monetary Fund and Capital Account Liberalization: A Case of Failed Norm Institutionalization* (en coautoría con Manuela Moschella). En *Owning Development. Creating Global Development Policy Norms in the World Bank and the IMF*, comp. Susan Park y Antje Vetterlein, 163-180. Nueva York: Cambridge University Press, 2010; *Schwache Staatlichkeit: Neuere deutsche Forschungsarbeiten* (en coautoría con Christian Völkel). *Politische Vierteljahresschrift* 50, No. 1:162-170, 2009. En este momento es profesor asistente del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. Correo electrónico: rleiteri@uniandes.edu.co.

Hace veinte años era un adolescente en último año de bachillerato en Leipzig, la segunda ciudad más grande de Alemania Oriental, a unos 150 kilómetros al sur de Berlín. Pasé mi niñez y cursé mi educación preuniversitaria en la República Democrática Alemana; en otras palabras, detrás de la llamada “Cortina de Hierro”. Mi educación estuvo dominada por la ideología socialista y fuertemente controlada por el Partido Comunista. El currículum presentaba una interpretación restringida de la historia a través del lente teórico del marxismo-leninismo. Materias como “Staatsbürgerkunde”, literalmente “currículum ciudadano”, tenían como fin implantar el dogma comunista en los cerebros de los estudiantes. Viéndolo desde el exterior, Alemania Oriental debió de haberse visto como la realización de la visión de George Orwell en 1984.

Sin embargo, las apariencias engañan. Sin duda, la sociedad de Alemania Oriental estaba fuertemente controlada, y nada menos que por la tristemente célebre Stasi, la policía secreta. Exponer un pensamiento crítico hacia el régimen socialista en público, incluido el colegio, frecuentemente acarrearía duras consecuencias para aquellos que lo hacían. Los estudiantes estábamos completamente conscientes de esto. Conocíamos tanto lo que se esperaba que dijéramos en clase como lo que sólo podía mencionarse en privado con la familia o los amigos. Como todos los alemanes orientales, aprendimos a hablar en “dos lenguas”: una para la escuela y otra para la casa. Las críticas al régimen y a la ideología que éste decía encarnar estaban por doquier, mas no eran públicas ni visibles para el mundo exterior.

Los adolescentes crecimos con la radio y la televisión de Alemania Occidental. Los noticieros y programas musicales de allí nos eran mucho más familiares que sus equivalentes orientales. La estrategia de adoctrinamiento político en el colegio había tenido resultados inesperados: nos habían contado que Alemania Oriental era uno de los diez países más industrializados del mundo, rivalizando si acaso con Suecia. Pero cuando terminábamos la jornada académica e íbamos al supermercado, nos reíamos de tan absurda idea. ¿Cómo es posible que en un país tan rico no se pudiera comprar papel higiénico (para no hablar de bananos y otras frutas tropicales)? ¿Por qué teníamos que esperar por 10 o 15 años antes de poder comprar un carro, o escoger un abanico de sólo dos modelos? ¿Quién podría creer este sinsentido ideológico cuando se veía contradicho por la dura realidad económica del día a día?

En suma, socialismo era una palabra vacía y sin ningún sentido para nosotros. Aunque sabíamos que había que

declararle nuestra lealtad en público, en privado no nos podía importar menos. Sabíamos que todo el sistema estaba averiado, hueco, como el rey sin traje en el cuento infantil. Al mismo tiempo, sin embargo, creíamos que este sistema perduraría hasta que muriéramos. Nadie, ni en sus más locos sueños, podría haber imaginado ver a Alemania reunificada en el transcurso de su vida. Nadie creía que el socialismo dejaría de ser la ideología dominante. Algunos habíamos depositado nuestras esperanzas en Michael Gorbachev, para que él pudiera darle al socialismo un “rostro humano” que lo hiciera más soportable económica y políticamente. Sin embargo, los ancianos y testarudos comunistas de línea dura de Alemania Oriental no querían siquiera considerar tal prospecto. La luz al final del túnel se veía distante para Alemania Oriental hacia el final de los años ochenta.

De otro lado, no éramos revolucionarios. Ninguno de nosotros soñaba con la caída violenta del régimen comunista. Sabíamos de algunos jóvenes que hablaban de manera crítica sobre el gobierno en las iglesias, si bien no participamos en estas reuniones. Sabíamos que existían espacios libres del control estatal, diferentes a los tradicionales, para poder expresar su opinión. No obstante, estas valientes personas no buscaban un cambio de sistema, ni mucho menos la reunificación. Únicamente querían un socialismo mejorado, humanizado.

La máxima expresión de este movimiento civil ocurrió apenas cinco días antes de la caída del Muro. De hecho, en vez del 9 de noviembre, recuerdo claramente qué hice el 4 de noviembre de 1989. Estuve pegado al televisor todo el día escuchando los discursos durante la manifestación más grande en toda la historia de la RDA, convocada por los recién reconocidos grupos de la sociedad civil críticos del régimen socialista. La manifestación de medio millón de participantes en el Alexanderplatz en Berlín Oriental era al mismo tiempo la cumbre y la culminación de su rol como voceros de la población. Los discursos reflejaron la demanda de una república verdaderamente democrática en Alemania Oriental. Todos los oradores expresaron la visión y la esperanza de que la RDA pudiera seguir existiendo, dada una transición política y económica. Nadie clamó por la simple importación del modelo de la República Federal. Ese día, me identifiqué plenamente con esta visión humanista.

Sin embargo, en cierta forma los grupos de la oposición y yo subestimábamos un sentimiento muy arraigado en gran parte de la población. Lo que más molestaba a la gente, sobre todo a los jóvenes, era la imposibilidad de

viajar al oeste. Bajo la ley de Alemania Oriental, y en marcado contraste con otros países socialistas como Polonia, Hungría o Checoslovaquia, sólo los pensionados podían viajar a Alemania Occidental. Algunos de nosotros teníamos parientes en el occidente, que, durante la Navidad, nos enviaban paquetes llenos de dulces y otros artículos de consumo de los que no disponíamos. En ocasiones, nuestros familiares podían visitarnos en Leipzig, ya que la libertad de movimiento era restringida de oriente a occidente, mas no al revés, dejándonos algunos marcos alemanes que podíamos gastar en los “Intershops”, tiendas aisladas y casi siempre localizadas en hoteles caros, en donde se podían comprar bienes del occidente con monedas “fuertes”. En su mayoría, los alemanes orientales sólo visitaban estas tiendas, donde nunca podían comprar algo por falta de “dinero fuerte”, pero esto permitía hacerse una idea de los artículos disponibles en una sociedad capitalista de consumo.

La gran pregunta es, entonces, por qué colapsó de un día para otro un sistema aparentemente estable. Muchos libros ya se han escrito al respecto. No hay, pues, necesidad de profundizar en tan amplio interrogante. Sin embargo, mi interpretación personal enfatiza la dimensión económica. El conocimiento indirecto, pero ampliamente visible, de lo que la sociedad de Alemania Occidental podía ofrecer en términos económicos a los habitantes del oriente los convenció de que ni siquiera una reforma al sistema socialista funcionaría. Ya no estaban dispuestos a esperar un “milagro económico” bajo una bandera no capitalista. Querían tener las mismas posibilidades de elegir que tenían los occidentales cuando iban a un supermercado o a un centro comercial. El tiempo era clave: esperar al “socialismo de rostro humano” dejó de ser una opción viable.

¿Y qué hay de mí? ¿Comparto el sentimiento de nostalgia del Este u *Ostalgie* que siente algún segmento de la población oriental cuando recuerdan los “viejos tiempos”, sensación bien plasmada en películas como *Adiós a Lenin?* Creo que mis comentarios anteriores delatan la respuesta: no. Aunque disfruto al acordarme de programas de televisión, películas, marcas comerciales, estrellas deportivas y similares, siempre asociaré a Alemania Oriental con la represión. No era, claramente, la Alemania nazi. Ningún Holocausto ni otros crímenes abominables sucedieron allí. Pero la vida estaba muy restringida y politizada en casi todos sus aspectos. Nunca fueron opciones la libertad de viajar para poder ver el resto del mundo, la libertad de consumo o la libertad de opinar sin sentir la presión del Estado.

Mientras crecía en Alemania Oriental, anhelaba ver el mundo. Quería visitar a mi papá y a mi familia en Colombia. Hubiera sido imposible para mi mamá y para mí hacerlo hasta que fuéramos pensionados. Mi balance personal luego de la caída del Muro es indudablemente positivo: pude plenamente aprovechar las ventajas de los eventos que acaecieron en Alemania Oriental a finales de 1989 e inicios de 1990, denominados *Die Wende* (El Cambio). Pude viajar por primera vez a Colombia en julio de 1990 para visitar a mi padre, estudiar lo que quisiera y donde quisiera, gastar mi dinero en lo que deseara, pasar mis vacaciones donde prefiriera. A nadie tenía que pedirle permiso para hacer todas estas cosas. Ver el mundo, literalmente, fue quizás el mayor deseo de mi generación en Alemania Oriental. Finalmente, y de forma inesperada, pudimos. Personalmente, la caída del Muro abrió muchas puertas que en mi vida pasada no estaban siquiera disponibles. Por esto, estoy muy agradecido con los valientes hombres y mujeres que marcharon pacíficamente contra el régimen en Leipzig, Berlín y otras ciudades en el otoño de 1989. Sus acciones permitieron la caída del Muro, aunque ésta fuera una consecuencia inesperada.

Solamente para aclarar: no participé en ninguna de las demostraciones en Leipzig en 1989. Sobre todo, porque mi rabia hacia el régimen no era aún lo suficientemente fuerte y porque temía que las manifestaciones fueran reprimidas con violencia.

Sin embargo, aun antes de que el Muro cayera, brevemente contemplé la posibilidad de abandonar mi país. En el verano del 89, dos amigos del colegio y yo fuimos de vacaciones a Hungría. La ocupación de las embajadas de Alemania Occidental en Budapest y Praga por parte de alemanes orientales ya había comenzado. De hecho, nos encontramos en Budapest con un profesor gringo de Historia, sorprendido de que no estuviéramos ya en la embajada. Claramente, se respiraban aires de cambio profundo en el bloque soviético. No obstante, optamos por volver a Leipzig como si nada hubiera pasado. Recuerdo las caras de sorpresa de los guardias en el aeropuerto de Berlín Oriental al enterarse de que todavía había personas que volvían de Hungría en julio del 89. Mi deseo de dejar atrás la vida y la gente que conocía en Alemania Oriental no era lo suficientemente fuerte como para poder dar el paso final.

Soy consciente de que el capitalismo no es un paraíso terrenal. Nunca pasamos hambre en Alemania Oriental. Nos sentíamos “solamente” encarcelados política, económica y culturalmente, y, por ende, queríamos ser

libres en todo el sentido de la palabra, aun si fuera una libertad en el sentido propuesto por Janis Joplin, de “no tener nada más que perder”. Algunos de nosotros terminaron desempleados desde hace varios años. Otros probamos suerte en Occidente, sólo para volver a Leipzig un par de años después. Sin embargo, ninguno de nosotros quiere el regreso del viejo sistema. Aun con sus fallas, preferimos el capitalismo sobre el socialismo que alguna vez conocimos y del que tanto reímos.

Finalmente, ¿por qué erigir y destruir un muro hoy... en Bogotá, de todos los lugares posibles? Colombia está rodeada de muros, algunos visibles, algunos no. Ésta es una sociedad muy segmentada, donde las diferencias entre ricos y pobres se graban en las retinas de cada extran-

jero que visita el país. Aquí los muros tienen connotaciones económicas, sociales, ideológicas y, a veces, étnicas: separan diferentes “mundos de vida” –para emplear un término de Jürgen Habermas– *dentro* del mismo país.

Cuando vivía en Alemania Oriental, nunca vi el Muro pintado de la forma en que lo apreciamos hoy aquí. En su sección oriental estaba pintado de un blanco prístino. Nadie, excepto los guardias de frontera, podía acercarse a él. Así que, para mí, ver un muro pintado aún tiene cierta novedad. De manera irónica, un sentimiento liberador. Un signo de que las personas pueden al menos expresar su pensamiento libremente, mientras son conscientes del hecho de que todavía permanecen muchos muros visibles e invisibles entre ellas. ❧